



La barraca

un libro de

Vicente Blasco Ibañez

Un libro que me gustó por su realismo, su manera de describir la vida de pobres campesinos, de sus sueños y desafortunadamente el áspero ambiente de las relaciones humanas que llegan a tejer entre si tales como la envidia, el rencor y la violencia pese a injusticias sociales de una oligarquía de que eran víctimas.

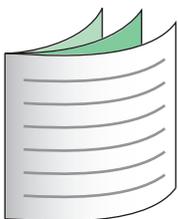
Vicente Blasco Ibañez oriundo de Valencia nacido en 1867 se dedicó como diputado a Cortes por Valencia a una política social republicana.

Se dice que leyó de joven *Les Misérables* de Victor Hugo de que se recordó.

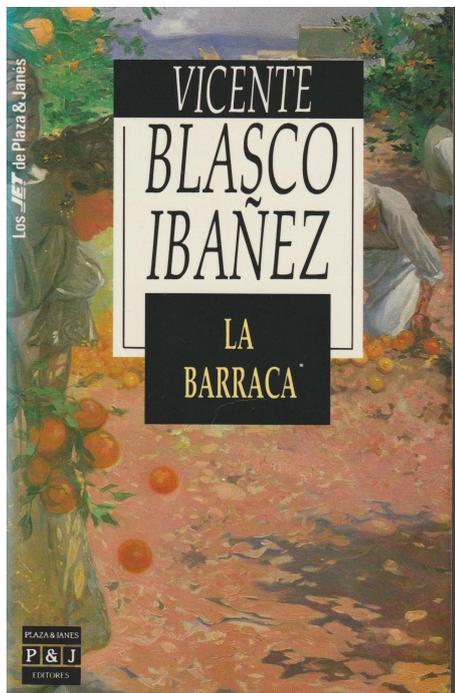
Os doy aquí copia de unas líneas de *La Barraca* que narran un momento de serenidad de Batiste, campesino lleno de espera y anhelo. Desafortunadamente de ingenuidad.

En aquella época mi bisabuelo se marchó, se piró de esta misma tierra, la vega valenciana, con su esposa y mi abuelo niño Joaquín, rumbo Argel donde, yo Santiago, nací.





Todo esto sin contar que Teresa, más de una vez, se encerraba en su *estudi*, y abriendo un cajón de la cómoda, deslizaba pañuelos sobre pañuelos para extasiarse ante un montoncillo de monedas de plata, el primer dinero que su marido había hecho sudar a las tierras.



Todo exige un principio, y si los tiempos eran buenos, a este dinero se uniría otro y otro, y ¡quién sabe si al llegar los chicos a la edad de las quintas podría librarlos con sus ahorros de ir a servir al rey como soldados !

La reconcentrada y silenciosa alegría de la madre notábase también en Batiste. Había que verle un domingo por la tarde, fumando una targarina de a cuarto en honor a la festividad, paseando ante la barraca y mirando sus campos amorosamente. Dos días antes había plantado en ellos maíz y judías, como muchos de sus vecinos, pues a la tierra no hay que dejarla descansar.

Apenas si podía él llevar adelante los dos campos que había roturado y cultivado. Pero, lo mismo que el difunto tío *Barret*, sentía la embriaguez de la tierra; cada vez deseaba abarcar más con su trabajo, y aunque era algo pasada la sazón, pensaba remover al día siguiente la parte de terreno que permanecía inculta a espaldas de la barraca, para plantar en ella melones, cosecha inmejorable, a la que su mujer sacaría muy buen producto llevándolos, como otras, al Mercado de Valencia.

Había que dar gracias a Dios, que le permitía al fin vivir tranquilo en aquel paraíso. ¡Qué tierras de la vega...! Por algo, según las historias, lloraban los moros al ser arrojados de allí.

La siega había limpiado el paisaje, echando abajo las masas de trigo matizadas de amapolas que cerraban la vista por todos lados como murallas de oro.